



El Centro Talca

Talquinos del centenario

Jorge Valcarrana Gutiérrez (*)

Entre 1900 y 1920 un grupo de intelectuales nacionales -destacados ensayistas- vertió en hojas de papel sus críticas con ideas sobre un Chile entonces parato el que auguraban un destino opaco. Entre quienes se caracterizaron por denunciar la corrupción existente, así como los problemas sociales generados, resaltan intelectuales de la Talca del talquino Francisco Antonio Encina y otros dos que estuvieron vinculados a la ciudad de Talca: Tancredo Pinochet Le Brun y Alejandro Venegas fueron los

adalides de una renovación intelectual contestataria que dejó huella en la sociedad regional y nacional de principios del siglo XX. Estos otorgaron relevancia al análisis sobre lo que consideraban cada uno con perspectivas distintas: la relación sociológica de la aristocracia invasora en nuestra clase social. Así que cuestionadores profundos de emergentes estructuras político-sociales han estado siempre en el mundo, lo valioso de estos ilustrados chilenos fue que su denuncia de crisis se expresó proveniente de un abanico de colores carente de sectarismos doctrinarios. Así, desde los orígenes de la República los pensadores chilenos manifestaron una actitud crítica que fue nítida durante el gobierno de Manuel Montt -Revolución de 1851- y que tuvo a Talca como uno de los epicentros de tales sucesos. Dicha grandeza espiritual también explosiva durante la Presidencia de José Manuel Balmaceda, cuando el país se vio arrastrado a otra desagradable y dolorosa separación que en Talca se expresó con dantescos exilios, como el general Francisco García Castro.

Asimismo, esta actitud visceral o emotiva en un género tiene compañía a otros numerosos autores tales como Emilio Rodríguez Merced, Enrique Macken, Alberto Edwards, Nicolás Palacios, Gonzalo Vial, Luis Emilio Recabarren, Agustín Ross, Guillermo Subercasteguy, todos con legítimas oscilaciones vernaculares.

TESTIGOS DE UNA ÉPOCA

Hermano del reputado profesor de castellano Fidel Pinochet (frecuente egresado del Instituto Nacional de Santiago), quien ejerció en el Liceo de la endogámica y clasista Talca, el excéntrico Tancredo Pinochet Le Brun llegó a la ciudad del Páduco, junto a su hermano José, a cursar cuarto y quinto año de humanidades. Escritor sacudido y penetrante en su estilo, fue director de las revistas "Aires" y "Telamérica", escribiendo "Motín en la biblioteca" y "La autobiografía de un roncón". Apostrofado por eruditos contemporáneos se le aguijoneó con Encina al abogar por una sociedad más justa -o en menos o ningún perjuicio- y en señalar el origen del problema en nuestra débil cultura: crítica y la falta de educación, ejemplo más cercano a Venegas por su condición de "figura poco seria".

Conservador en su postura, tachado de usucario y racista por más de alguien, Francisco Encina era un aristocrático convencido de que los problemas yacen en el núcleo de la sociedad o cultura chilena, por lo cual da importancia a la educación para revertirlos. Visualizó la regencia de Manuel Montt como un paradigma de modelo del "alma" nacional, individualista y orgulloso, con una autovaloración más que suficiente, el "Haas" Encina entre 1892 y 1904 ya había



Francisco Antonio Encina y otros dos que estuvieron vinculados a la ciudad de Talca: Tancredo Pinochet Le Brun y Alejandro Venegas fueron los adalides de una renovación intelectual contestataria que dejó huella en la sociedad regional y nacional de principios del siglo XX



leído a los clásicos de la sociología y a los teóricos de la historia: alemanes, ingleses, franceses e italianos. Su mente profunda escudriñó las obras maestras de la historiografía universal y era enconado opositor a lo que denominaba "la simplificación gris de la historia", consistente en simular objetivismo. Para él, la imparcialidad sólo sería factible si razonáramos sin la mediación del cerebro.

"El que ve claro y honesto no teme a la luz del mediodía; el que sólo vislumbra entre brumas espesas los contornos indeseados de los hombres, de las cosas y de los sucesos, lo mismo que el mozo huele, instintivamente se refugia en la penumbra del atardecer".

El vicerrector del Liceo de Talca durante casi una década y profesor de castellano, Alejandro Venegas, era tanto poseedor de una gran fuerza de voluntad y resistencia física poco comunes, como un solitario y, al decir de muchos, un desequilibrado emocional, percepciones que lo rotularon como "poco cañil". Probablemente sufrió de complejo, ya que era tímido y retraído. En sus estensos viajes por nuestro país y el extranjero nos lo imaginamos solitario y disfrutando de gringomiel. Durante una parte importante de su vida fue perseguido por la oligarquía soberbante, lo que puede hacer pensar que su oficio de almacenador en Maipú -que desempeñó hasta su muerte- fue quizá su período más feliz o al menos sosegado. Como Emilio

Recabarren, se en Chile la agudización de una crisis social y de desarrollo que lo acercó hacia un antinacionalismo.

VENEGAS Y YO

Su amigo de siempre, Enrique Molina Garmendia, nos narra: "Aunque ideológicamente nos sentíamos sin duda en afinidad con los radicales, Venegas y yo estábamos de acuerdo en realizar nuestro labor fuera de toda política militante, fuera de logias y banderías; queríamos hacer obra de espíritus libres que, sin proselitismo alguno, persiguen como único fin el cultivo armónico de la personalidad... Por lo que a nuestro país se refiere, Venegas quiso contribuir de inmediato al análisis de nuestra situación que le inquietaba, y a la búsqueda de los remedios más acertados para nuestros males. Tal fue el origen de sus libros Carta a don Pedro Montt y Sinceridad". Además, Molina resalta que "Molina cuando se le proponía. Como ejercicio de carácter dejaba de fumar en una fecha fija que se proponía y mantenía su abstinencia del cigarrillo por el tiempo que quería". El escritor talquino Armando Donoso amez: "Corría el año de mil novecientos diez y el país se preparaba para celebrar con todo respeto y dignidad el primer Centenario de la Independencia. Mientras se les antojaban los oros triunfales y se redactaban, en el recinto de las bibliotecas, los grandes discursos conmemorativos en los momentos que

toda la nación iba a vestir sus arcos de gala y sus mejores joyas para recibir a los hermanos de América, en el día del primer centenario de su vida independiente, un modesto profesor, ignorante en un mundo siglo XIX, pensaba, preparaba, tras largas vigias, la obra que iba a constituir el más impensado o inesperado, en a hora misma de la fiesta". La obra ahulada es "Sinceridad - Chile primero en 1910".

Opuestos a la gran ola de autocongratulación que inundaba el país, estos cultores "autoflagelantes" no se arrodilaron servilmente ante el empuje -o que muchos de ellos llegaron a conocerse jamás entre sí, sin intereses ni ans de ninguna índole- y sus espíritus libres acusaron dolor por los destinos de la patria y en aras de un mejor horizonte les urdió el alán de denuncia y amon de buscar soluciones, aunque sus "recetas" para zabolirlas son duras -cuando las hay- o contradictorias.

Cuando se acerca el segundo centenario de nuestra independencia el juicio cabal de del pasado reciente exige de sus actores y espectadores un gesto de genuina visión global, similar al escenario de hace cien años atrás, cuando conflagraron agraristas, ricos, pobres, creyentes, progresistas y conservadores, todos unidos por su singular talento, en pro de un bienestar aún lejano.

(*) Profesor e investigador

Talquinos del centenario [artículo] Jorge Valderrama Gutiérrez.

AUTORÍA

Valderrama Gutiérrez, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Talquinos del centenario [artículo] Jorge Valderrama Gutiérrez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile